

## LA TEORÍA DE LAS EMOCIONES EN LAS OBRAS DE DAVID HUME: COGNITIVISMO AVANT LA LETTRE<sup>1</sup>

**TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ**

Doctora en Psicología  
Profesora Titular  
Facultad de Psicología  
Universidad Pontificia de Salamanca  
Salamanca / España  
tsanchezsa@upsa.es

Recibido: 04/04/2013  
Aceptado: 16/09/2013

*Resumen:* De las preocupaciones psicológicas mostradas por D. Hume resalta su estudio de las emociones, tipificándolas y analizándolas en clave puramente humanista y, a un tiempo, coincidente con los enfoques cognitivos y constructivistas que se han hecho corrientes en la postmodernidad. El recorrido efectuado abarca los tipos de pasiones (directas e indirectas), así como las condiciones necesarias o auxiliares para que se produzcan.

*Palabras clave:* Hume, cognitivism, emociones, pasiones directas e indirectas, postmodernidad.

### *HUME'S THEORY OF EMOTIONS: COGNITIVISM "AVANT LA LETTRE"*

*Abstract:* The most remarkable aspect of his psychological concern is his study of emotions, which he classifies and analyses from a fully humanistic point of view, being, at the same time, in agreement with the cognitive and constructivist approaches of recent postmodernity. The study covers different kinds of passions (both direct and indirect), as well as the necessary and subsidiary conditions for them to exist.

*Keywords:* Hume, cognitivism, direct and indirect passions, emotions, postmodernity.

1 Gracias al Dr. Antonio Pintor por sus enseñanzas y su amistad. Su humildad enaltece su brillo, su vehemencia lúcida impide el letargo de la conciencia.

## 1. CONSIDERACIONES SOBRE LA OBRA Y EL AUTOR

Que un psicólogo actual se ocupe de David Hume parece anacrónico o, cuando menos, sorprendente. Sin embargo, amén de ser pionero del empirismo moderno y del positivismo científico, es un autor joven respecto al contenido psicológico de sus escritos. Recordemos que inaugura un camino antimetafísico en temas tan relevantes como la psicología y la moral y que se acerca al hombre real tratando de comprender sus auténticas motivaciones y la dinámica de su comportamiento y decisiones en clave psicológica. Se ha resaltado descalificatoriamente su psicologismo, cual si centrar la reflexión filosófica sobre el eje de la *naturaleza humana* supusiera un descentramiento de la propia filosofía. Hume ha sido tildado por uno de sus principales exegetas, Carlos Mellizo, como “el último humanista”, dada su decidida apuesta por una clarificación del discurrir humano corriente<sup>2</sup>.

Una brisa de renovación asalta al lector cuando atisba entre los tres ejes transversales que traza Mellizo en Hume (el filosófico-especulativo, el histórico-sociológico y el moral-religioso), un valioso cuarto eje psicológico-emocional, que traspasa no solo el *Tratado sobre la naturaleza humana* y su *Disertación sobre las pasiones*, sino incluso sus obras morales.

Se esté o no se esté de acuerdo con su visión del mundo, debe registrarse que ésta estuvo siempre dirigida, en último término, a procurar una solución práctica y una línea de comportamiento al servicio de la comunidad humana (C. Mellizo, 1976, 6).

Su propio carácter afable y cariñoso, tal como revela en su propia autobiografía, le valió ser motejado por sus amigos con el apelativo de ‘le bon David’, se empeñó en la empresa de humanizar la ética descristianizándola. Para ello actúa en su propia vida con las virtudes que pueden lucirse sin necesidad de ser cristiano. A contracorriente fue un moderno no solo por su empirismo filosófico, sino por su valentía ejemplarizante al promover valores meramente humanos sin desprenderse del laicismo.

La obra de referencia en la que me voy a centrar para su análisis es el *Tratado sobre la naturaleza humana*, marchita y moribunda desde la imprenta. La pretensión de Hume de componer una base transformadora para la filosofía se

<sup>2</sup> Hume introduce un espíritu naturalista, alejado del fenomenalismo y del escepticismo; promueve un espíritu tolerante hacia la real naturaleza humana sin idealización ni dogmatismo. Félix Duque señala que: “Lo que dice (Hume) es casi siempre interesante, muchas veces, apasionante...Y pocos filósofos se han preocupado tan vivamente del hombre, con minúscula, pero vivo y real. Hume nos ha enseñado a obedecer la voz de la naturaleza” (2008, XXXIV).

vio pronto decepcionada, tal vez por la importancia concedida a las emociones como lo más específicamente humano por encima del poder otorgado a la razón o a la voluntad, ejes del pensamiento y la moral voluntaristas.

De esta obra, más grande que grandiosa<sup>3</sup>, nos concierne el tomo II que data de 1739 –hace ahora 274 años que fue escrito–, que aborda enteramente el tema de las emociones. Un pequeño ensayo complementario de éste es la *Disertación sobre las pasiones*, de 1957, de mejor fortuna, donde sintetiza los contenidos del anterior incluso en los mismos términos. Al concluir esta obra, se regocija de haber introducido una perspectiva naturalista y empírica en el estudio de un tema tan abstruso como poco frecuentado por los filósofos para su análisis:

Es suficiente para mis propósitos si he demostrado que, en la producción y conducta de las pasiones, hay un cierto mecanismo regular, que es susceptible de una disquisición exacta, igual que las leyes de la dinámica, óptica, hidrostática o de cualquier otra parte de la filosofía natural (D. Hume, 1757, 153).

Con excepción de pocos autores, la mayoría ha omitido la profundización en estos textos, que, a mi juicio, albergan interesantísimas sugerencias para la comprensión de las emociones y motivaciones. Temas éstos, rescatados del oprobio de siglos de psicología racionalista y del divorcio irreconciliable entre el componente mentalista y el componente vitalista del compuesto humano. Hume supera la escisión entre razón y emoción y el derrotismo racionalista de reducir al hombre plural a una simple cosa pensante de mudos afectos:

Nada es más usual en la filosofía y aún en la vida común que hablar de la lucha entre la razón y la pasión y darle preferencia a la razón que afirmar que los hombres son solo virtuosos mientras se conforman a sus dictados (...) Para mostrar la falacia de toda esta filosofía intentaré primero probar que la razón por sí sola jamás puede ser motivo de una acción de la voluntad, y segundo, que jamás puede oponerse a la pasión en la dirección de la voluntad. (D. Hume, 1939, 205)<sup>4</sup>.

Afirmo con rotundidad que David Hume preludia la Psicología moderna en lo referente a la superación del dualismo razón-emoción y que es un autor con el que el cognitivismo y otras corrientes contemporáneas están en deuda.

3 Hume escribió el Tratado con 25 años. Siendo tan complejo y ambicioso su propósito hubiera merecido una revisión crítica que expurgara sus contradicciones, incongruencias, argumentaciones ad hoc y la distancia entre lo expuesto y lo realmente sucedido en las paciones humanas: ¿ardor de neófito?

4 Puede colegirse de esta cita la subordinación humeana de la razón a las pasiones, aunque matiza Kemp Smith, solo cuando ambas se orientan al mismo objeto, no cuando ambas se dirigen a objetivos dispares.

La intención de Hume es, sin duda, explicar la compleja vida emocional del género humano con la ayuda de tan pocos principios como sea posible (F. Copleston, 1973, 303)

## 2. NOCIÓN DE PASIÓN

La noción de pasión que desgrana Hume arranca de Aristóteles y constituye el fundamento de su teoría moral. Es una percepción de la mente<sup>5</sup> de una emoción vehemente y ardorosa: fuerza impulsora y fuente motivacional. Ímpetu, energía vital, próxima al instinto, inclinación o disposición natural cuya esencia es el sentimiento.

Oficialmente, usa la palabra ‘pasión’ de manera tan amplia que abarca toda inclinación que pueda suministrar algún motivo para hacer o no algo (A.G.N. Flew, 1964, 237).

Las pasiones impelen al movimiento, energizan el comportamiento, trazan una dirección o una meta que luego podrá ser corregida o adaptada por los dictámenes de la razón. Al hacer pivotar la conducta sobre las pasiones, Hume califica al hombre como un ser de deseo, movido por resortes primarios relativamente irrefrenables aunque no ciegos: la consecución del placer y la evitación del dolor. La definición más precisa aportada por Hume es ésta:

Lo que comúnmente se entiende por pasión es una emoción sensible y violenta del espíritu cuando se nos presenta algún bien o mal o algún objeto que por la estructura originaria de nuestras facultades es adecuado para excitar un apetito (D. Hume, 1739, 240).

### 2.1. TIPOS DE PASIONES

Conocida es la división de Hume entre *impresiones de sensación e impresiones de reflexión*. Las primeras se circunscriben a las sensaciones corporales, mientras que las segundas pueden identificarse con las pasiones, por cuanto son impulsos autopercebidos que revierten sobre el yo. Las pasiones pueden ser primarias o secundarias y, dependiendo de su intensidad, autopercebida, *tranquilas* (cuando el impulso es apacible y sereno, por ejemplo: la reacción ante la fealdad o la belleza de las cosas), o *violentas* (cuando el impulso anega intempestivamente

5 Dentro de las percepciones distingue entre impresiones e ideas. Las pasiones serían impresiones de sensación (primarias: placer/dolor) o de reflexión (secundarias).

al yo, como un estallido irreprimible)<sup>6</sup>. A esta categoría es a la que pertenecen las emociones propiamente dichas, entre las que señala varias. Algunos autores sugieren que las pasiones apacibles no señalan reacciones afectivas fuertes sino “predisposiciones”. Si se convierten en costumbre (modo de ser, actitud), dejarán de producir “agitación sensible”:

Las pasiones apacibles que van acordes a la reflexividad serían aquellas que prefieren un bien distante al placer inmediato, por lo que de esta manera están unidas a la virtud (A.J. Cano, 2011).

Cierra la tipología emocional, hablando de pasiones *directas e indirectas*. Surgen las primeras de la valoración placer-dolor, impresión hedonista en la que entronca la dimensión moral del bien y del mal. Hume es, en este sentido, un convencido de la yuxtaposición de lo agradable con lo bueno y lo doloroso con lo malo<sup>7</sup>. Dicho de otro modo: el eje de cristalización de la ética se confunde con el eje psicológico del placer o dolor. En el apartado de *pasiones directas*<sup>8</sup> reúne ocho, de las que luego analiza someramente seis: deseo, aversión, pena, alegría, esperanza y miedo. Aparta el desprecio y la seguridad (confianza).

PASIONES DIRECTAS

ALEGRÍA (Bien seguro)	TRISTEZA (Mal seguro).
DESEO (Bien futuro)	AVERSIÓN (Mal futuro).
ESPERANZA (Bien deseado)	MIEDO (Mal temido)
CONFIANZA (Seguridad)	DESPRECIO (Rechazo).

En todo caso, es manifiesto que, tal como luego hizo su discípulo y amigo Smith, las pasiones directas son juzgadas como primarias, y por ello más simples, primitivas, instintivas incluso, por lo que les otorga siempre una atención menor que a las pasiones indirectas.

Además, las pasiones indirectas<sup>9</sup> son más sofisticadas y elaboradas precisando la combinación de las impresiones hedónicas con ideas o valoraciones

6 Las pasiones serenas se corresponden con los sentimientos estéticos y morales y las violentas con las demás. Propio de la fortaleza de espíritu es el predominio de las pasiones tranquilas sobre las violentas pues éstas impiden disfrutar de las ventajas de conductas más sosegadas y propenden al vicio. El dominio de sí consiste en aplicar un grado de reflexividad a las pasiones violentas, aplacando su intensidad y evitando el descontrol.

7 Kemp Smith (2005) discrepa de esta valoración; a su juicio son las pasiones directas las que engendran el bien o el mal.

8 Norton prefiere llamarlas pasiones *productivas*.

9 Norton prefiere llamarlas *receptivas* y Árdal prefiere llamarlas *básicas*.

mentales sobre el objeto y la causa que las inspira. Son por ello secundarias, no tan prontas o imperiosas como las primarias. Requieren previa valoración sobre las cualidades o defectos del objeto. Introduce con ello Hume el ingrediente cognitivo aunque él lo especifique como influencias de la imaginación, del juicio conativo y de la memoria<sup>10</sup>. Como pasiones indirectas enumera diez: orgullo, humildad, ambición, vanidad, amor, odio, envidia, piedad, malicia, generosidad. Sin embargo, también aquí desdeña hablar de seis y se centra en los binomios amor/odio y orgullo/humildad. Hemos de destacar que *Hume tiende a tratar las pasiones no como entidades independientes, sino como dualidades polarizadas*: ejes de contrarios en los que cada extremo resalta con claridad que se trata del componente positivo o negativo de la impresión subjetiva: deseo/aversión, pena/alegría, esperanza/miedo, orgullo/humildad, amor/odio, envidia/piedad.<sup>11</sup>

#### PASIONES INDIRECTAS

AMOR	ODIO
ORGULLO	HUMILDAD
PIEDAD	MALICIA
GENEROSIDAD	AMBICIÓN
VANIDAD	ENVIDIA

#### 2.1.1. Pasiones indirectas

Hume analiza primeramente, tanto en el *Tratado* como en la *Disertación*, las pasiones indirectas, siendo mucho más matizada su explicación del orgullo/humildad que de cualquier otro binomio.

En las pasiones indirectas discrimina entre objeto y causa. *Objeto* es –al igual que como se entiende en la psicología contemporánea donde se habla de psicología de las relaciones de objeto, o de ‘objeto psíquico’...– la persona o cosa sobre la que recae la emoción, su destinatario directo e inmediato, pudiendo ser éste tanto el yo como otra persona o cosa ajena al yo, tanto real como imaginario, tanto racionalmente justificado como irracional. *Causa* es la evaluación

10 Cano (2011), contra la opinión común que califica la teoría de Hume como emotivista, resalta el cognitivismo de Hume.

11 Esta tendencia a la polarización parece heredera de un burdo mecanicismo que le lleva a descartar que dos pasiones opuestas no pudieran darse simultáneamente porque se anularían o excluirían. En las pasiones humanas reales no sumamos o restamos fuerzas positivas o negativas sino emociones contrarias que, al coincidir en la misma vivencia, causan desasosiego y malestar.

–valoración o atribución– que se hace sobre las cualidades o defectos del objeto. *Orgullo/humildad* y *amor/odio*, son resultado de la singular combinación de objeto y causa, con resultados emocionales y motivacionales claros. Hume define el primer binomio de este modo:

... el orgullo consiste en una determinada satisfacción con nosotros mismos a causa de algún talento o posesión de que disfrutamos; en el lado contrario, la humildad es una insatisfacción con nosotros mismos a causa de algún defecto o debilidad (D. Hume, 1757, p. 87).

Por el contrario, en el *amor/odio* el objeto es otra persona, mientras que las causas son las mismas que inspiran el orgullo o la humildad, es decir la evaluación de las cualidades (virtudes) o defectos (vicios) del otro.

		CAUSA	
		VIRTUD O EXCELENCIA	CARENCIA O DEFECTO
<b>O B J E T O</b>	<b>YO</b>	<b>ORGULLO</b>	<b>HUMILDAD</b>
	E F E C T O S	VANIDAD	VERGÜENZA
	O T R O	AMOR	ODIO
	E F E C T O S	BENEVOLENCIA	MALICIA
		DISPONIBILIDAD	HOSTILIDAD
		MENOSPRECIO DE LOS DEMÁS	DESEO DE REPARAR EL DAÑO

Vemos, por tanto, que la apreciación de Hume no solo es sensata sino empíricamente fundamentada y observable. De hecho, él se obstina en aducir lo que denomina experimentos confirmatorios en apoyo de su punto de vista. Tan solo me atrevo a rectificar la sensatez de Hume en un punto, a saber: Hume considera

que orgullo/humildad son emociones puras –inmediatas–. Que no tienen consecuencias motivacionales o actitudinales específicas, mientras que el amor/odio sí las tendría<sup>12</sup>. Pues bien, es incuestionable que acierta en lo segundo, dado que enlazados al amor/odio van deseos o acciones positivos: la benevolencia y la disponibilidad, o negativos: malicia y hostilidad. Sin embargo, en lo referente al orgullo/humildad también existen aunque Hume no las relaciona explícitamente. La vanidad y el menosprecio de los demás son las consecuencias motivacionales y actitudinales del orgullo, como la vergüenza y el deseo de reparación del defecto lo son de la humildad. Hume sí acertó a expresarlo poéticamente:

El amor es seguido siempre de un deseo de felicidad de la persona amada y una aversión hacia su miseria, del mismo modo que el odio produce un deseo de miseria de la persona odiada y una aversión hacia su felicidad (D. Hume, 1757, 125).

Dado que la mera asociación de ideas e impresiones no le basta empíricamente a Hume para explicar la vida emocional y sus avatares, Hume introduce dos principios *ad hoc*: la **comparación** y la **simpatía**. Así, mientras el tándem *amor/odio* puede derivarse del principio de simpatía/rechazo, el tándem *envidia/desprecio* es despertado por la comparación entre las cualidades o defectos del otro y las cualidades o defectos propios. Es interesante y sutil el análisis de Hume a este respecto, pues para que pueda presentarse la envidia o el desprecio es necesario que exista un elemento de proximidad o de semejanza entre el otro y el yo que sustente la comparación. La virtud ajena empequeñece la propia solo cuando puede establecerse alguna conexión o relación entre el otro y el yo. Cuando existe una gran distancia o una gran desproporción entre el otro y el yo y, por consiguiente, no puede darse rivalidad o comparación alguna, la envidia se transforma en admiración y el desprecio en piedad:

En lo que concierne a la envidia que surge de la superioridad de los demás, no es la desproporción entre nosotros y los otros la que la produce, sino, por el contrario, nuestra proximidad (...), una gran desproporción suprime la relación, y o nos impide compararnos con lo que es remoto a nosotros o disminuye los efectos de la comparación (D. Hume, 1739, 155).

Un cierto grado de pobreza produce desprecio, pero un grado que va más allá causa compasión y buena voluntad (D. Hume, 1739, 168).

Donde Hume habla de comparación por proximidad, parentesco o semejanza, cabe hablar en términos más psicológicos de *rivalidad* o *competitividad*. La

<sup>12</sup> Hume llama al orgullo y humildad “puras emociones del alma” pues “no están acompañadas de deseo alguno, ni nos incitan inmediatamente a la acción”, mientras que el odio y el amor son pasiones incompletas pues impelen a la mente a lograr algo más.



envidia o el desprecio afloran siempre que el otro, por contraste con el yo, puede minimizar o aumentar relativamente el autoconcepto. Así pues:

- *Evaluación de beneficio respecto al otro cuando es percibido como semejante al yo: Vanidad acompañada de Desprecio del otro.*
- *Evaluación de beneficio respecto al otro sentido como muy inferior y distante al yo: Piedad o compasión.*
- *Evaluación de perjuicio respecto al otro sentido como semejante y comparable al yo: Agravio y su derivado Envidia.*
- *Evaluación de perjuicio respecto al otro sentido como muy superior y muy alejado del yo: Admiración (si es merecido el rango del otro), Resentimiento (si es inmerecido el rango del otro).*

PRINCIPIO DE COMPARACIÓN

OTRO			
Evaluación	Semejante al Yo	Inferior al Yo	Superior al Yo
Beneficio respecto al otro	VANIDAD DESPRECIO DEL OTRO	PIEDAD	JACTANCIA
Perjuicio respecto al otro	AGRAVIO/ENVIDIA	RESENTIMIENTO	ADMIRACIÓN

2.1.2. Pasiones directas

Recordamos que Hume incluye en esta categoría: pena/alegría, esperanza/miedo, deseo/aversión. Corregimos en este punto a Hume: dado que el deseo y la aversión son más que emociones propiamente dichas, consecuencias actitudinales de las emociones anteriores. Es decir, si la bondad o maldad de los objetos dependen del placer o dolor que nos provocan, aquellos objetos que nos causan placer suscitarán o *alegría* –si el placer es cierto– o *esperanza* –si el placer es probable pero incierto–, o bien *pena* –si el dolor es cierto– o *miedo* –si el dolor es probable pero incierto-. En correspondencia con ello, el deseo o la aversión no son, a nuestro entender, nada más que las consecuencias naturales del placer obtenido o esperado o del dolor padecido o temido. El *deseo* se correspondería con la motivación o actitud de acercamiento apetitivo hacia la causa del placer, como la *aversión* se relaciona con la motivación o actitud evitativa hacia la causa del dolor.

La alegría/tristeza y la esperanza/miedo tienen una relación directa con la *experiencia previa* sobre las cosas, así como sobre la *certidumbre* o incertidumbre del placer o del daño que provocan. Hume lo aclara perfectamente:

Cuando un bien es cierto o probable produce alegría. Cuando un mal se halla en la misma situación surge tristeza o pena. Cuando un bien o un mal es incierto da lugar al miedo o la esperanza, según los grados de incertidumbre de un lado o de otro (D. Hume, 1739, 242-243).

En la *Disertación* señala el carácter dinámico y fluctuante de estas pasiones. A medida que aumenta la probabilidad del placer o del dolor, la esperanza y el miedo se van trocando imperceptiblemente en alegría o miedo. El cuadro ilustra la secuencia:

	ACONTECIMIENTO CIERTO	ACONTECIMIENTO INCIERTO	CONSECUENCIAS MOTIVACIONALES
CUALIDAD POSITIVA	ALEGRÍA	ESPERANZA	DESEO
CUALIDAD NEGATIVA	TRISTEZA	MIEDO	AVERSIÓN

## 2.2. CONDICIONES NECESARIAS Y COADYUVANTES DE LAS PASIONES

Puesto que las pasiones son, como hemos dicho, resultado de impresiones de reflexión, mediatizadas por factores cognitivos o evaluativos sobre los objetos externos o sobre el propio yo, y, como también anticipaba Hume, existe un propósito de clarificar de forma positiva y empírica qué son y cuándo se producen, así como las relaciones causales necesarias que tienen con sus factores provocantes, hemos de puntualizar cuáles son las condiciones o requisitos necesarios para cada una de ellas. Tiene en esto Hume una actitud ostensiblemente científica y parsimoniosa, tratando de transformar lo inefable y subjetivo del mundo emocional en un proceso susceptible de análisis, clasificación, comparación y discriminación, tareas básicas de la actividad científico-natural.

### 2.2.1. Pasiones indirectas

#### A. Orgullo-Humildad

A.1. *Conexión o relación de posesión y pertenencia entre el yo y la causa del orgullo o humildad* (virtud, cualidad, logro, meta conseguida o sus contrarios). Según Hume, el sentimiento de propiedad sobre el objeto o cualidad es el

requisito más importante dado que otorga al propietario la disponibilidad sobre el mismo o la libertad para manipularlo o transformarlo a su antojo.

La relación de la causa con el yo es el requisito primordial, si bien Hume admite que dicha relación no ha de ser íntima, bastando con que sea poseída o relacionada con alguien ligado estrechamente al yo. Ello permite que podamos sentirnos orgullosos de poseer una casa bella o humillados por vivir en una chabola, pero también orgullosos del premio otorgado a un pariente o humillados por tener un familiar en presidio.

Hay que destacar que *la relación de pertenencia puede ser bidireccional*, es decir: podemos sentir orgullo o humildad por algo bueno o malo que nos pertenece o que se relaciona con nosotros, pero también sentir orgullo o humildad por pertenecer a algo dotado de excelentes cualidades o grandes defectos. Por ejemplo, orgullo de ser súbditos de una nación que ha recibido un reconocimiento honorífico, o humildad por pertenecer como socios a un club que ha perdido un campeonato.

En este sentido, corregimos ligeramente el planteamiento de Hume, sustituyendo la relación de pertenencia por la de *implicación o participación*.

A.2. *Capacidad para provocar placer, directa o indirectamente (orgullo), o para producir vergüenza o humillación (humildad).*

El dinero o las riquezas son motivo de orgullo y su carencia de humildad, no por su facultad de dar placer por sí mismas, sino por permitir el acceso a cosas placenteras.

A.3. *Evidencia y reconocimiento unánimes sobre las cualidades o defectos asociados con el yo.* En este sentido, es importante que la comunidad o contexto cultural al que pertenece el sujeto avale como virtud o defecto un rasgo, cualidad o característica, para que el yo pueda experimentar orgullo o humildad.

Davidson (1980) y Taylor (1981) puntualizan que este requisito subrayado por Hume no es siempre necesario, pues en ocasiones el público reconocimiento invalidaría el orgullo, donde su mérito estriba en la capacidad de ocultamiento o de disimulo. Tal es así, por ejemplo, cuando un alumno copia en un examen, o cuando un asesino comete un crimen perfecto. El orgullo depende del éxito en ocultar o fingir, y se trocaría en fracaso humillante si fuera descubierto.

Ciertamente que existen virtudes o defectos universalmente reconocidos, tales como la belleza, la fuerza o la nobleza –entre las cualidades–, y la fealdad, la crueldad o la torpeza –entre los defectos–, y que, por ser valores éticos, culturales o estéticos transculturalmente reconocidos, provocan automáticamente orgullo o humildad, pero también hemos de reconocer que, por ejemplo, la delgadez solo provoca orgullo en el mundo occidental dominado por una común cultura estética, pero tal vez humildad en el mundo árabe, regido por una estética diferente.

A.4. *La originalidad, rareza o novedad del mérito o del defecto.* Solo lo que distingue o resalta al yo en un sentido positivo o negativo puede convertirse en causa de orgullo o humildad, dado que se produce explícitamente por comparación con las virtudes o los defectos de los demás. Presumimos más de aquello que gozamos en exclusiva o que señala un privilegio al alcance de una exigua minoría, que de lo vulgar accesible a todos. Nadie se enorgullece de poseer un coche, dado que mucha gente lo tiene, salvo que el coche sea un modelo especialmente caro, novedoso o con un diseño particularísimo:

...es notable que bienes que son comunes al género humano y mediante el hábito nos han llegado a ser familiares nos producen solo una pequeña satisfacción, aunque quizá de una especie más excelente que aquellos a los que por su rareza atribuimos un valor mucho más alto (D. Hume, 1739, 31).

Otros criterios o requisitos que acrecientan el orgullo o la humildad y que podemos considerar como *condiciones coadyuvantes* o auxiliares son:

- La *Deseabilidad* o indeseabilidad del rasgo o cualidad/defecto en cuestión, en tanto que eso aumenta el agrado o desagrado potencial que causa, y esto tanto por su atractivo o repulsión intrínsecos o porque la sociedad le otorgue artificialmente dicho atractivo o repulsión.
- La *Responsabilidad* o autoría, dado que no todo lo que nos causa placer o deleite provoca nuestro orgullo, tan solo aquello de lo que nos sentimos artífices o responsables directos. No nos sentimos orgullosos de una fiesta, pese a divertirnos en ella, salvo que seamos sus anfitriones –observa Hume–.
- La *Patencia* u ostensión de una cosa, por lo que, cuanto más evidente o conocido sea el defecto o la cualidad, tanto más humildad u orgullo provocará respectivamente. Nadie se vanagloria por una cualidad que pasa desapercibida a los demás. Nadie se avergüenza hasta que su defecto no es captado por otros. Alega Hume que la vanidad o el orgullo son emociones vulnerables porque están impregnadas de subjetivismo, parcialidad e interés, por eso se necesita el reconocimiento ajeno para certificar nuestra apreciación subjetiva. Hasta que los demás nos alaban no corroboramos la razón del orgullo; hasta que los demás no nos critican, no estamos seguros de que lo que consideramos un defecto lo sea realmente:

De ahí el gran deseo de fama del que toda la humanidad está poseída. Buscan el aplauso de los otros para sentar y confirmar su favorable opinión sobre sí mismo y no por ninguna pasión original (...) las opiniones favorables de la gente son consideradas solo como apoyos o refrendos de nuestra propia opinión (...) El elogio no nos proporciona demasiado placer a menos que coincida con nuestra propia opinión y nos alabe por aquellas cualidades en las que destacamos de modo principal (D. Hume, 1757, 113-115).

De ahí que sea harto comprobable cómo la admiración o envidia de los demás aumentan el orgullo, así como la indiferencia o el desprecio de los demás acrecientan la humildad. Podría establecerse el aforismo de que uno no es realmente propietario de algo hasta que los demás lo saben. Y el refrendo de su opinión halagüeña o despectiva es lo que transforma la posesión en motivo de valoración o de ocultamiento.

- El *Prestigio* del referente: Merecer el aprecio o aplauso de alguien significativo para el yo, muy idealizado o encumbrado, incrementa el orgullo. Recibir una crítica por su parte eleva la vergüenza o la humildad. En cambio, ser halagados o criticados por alguien carente de prestigio o indiferente para el yo, apenas tiene efecto alguno positivo o negativo sobre la autoevaluación.
- La *Antigüedad* o *perdurabilidad* de la conquista o logro, o del defecto o vicio, los hace indiscutiblemente nuestros. Es obvio también que no nos enorgullecemos de las riquezas obtenidas por el azar de la lotería, sino de las conquistadas con el esfuerzo o mérito, como tampoco nos sentimos humillados por lo que nos roban, sino por lo que perdemos por imprevisión o mala administración de los bienes. El tiempo juega un papel importante en la evaluación subjetiva del orgullo o humildad, pues lo fugaz no repercute sino levemente en el yo y no lo transforma de manera persistente. Lo azaroso, accidental, fortuito o breve, no puede sino rozar al yo con su beneficio o perjuicio.

## B. Amor-Odio

Hume traspasa las causas y condiciones del orgullo y la humildad al amor/odio, pues entre aquellas y estas emociones solo cambia el objeto al que se dirigen, siendo en las primeras el yo y en las segundas otra persona distinta del yo. Hume se limita a agregar algunas condiciones adicionales:

B.1. La *deseabilidad* o *indeseabilidad* del objeto. En virtud de esta condición, existiría una disposición natural a amar lo virtuoso y odiar (repele) lo defectuoso.

B.2. La *familiaridad* o *proximidad* a nosotros de la persona poseedora de la cualidad o defecto. Tiene en esto razón, ya que no amamos u odiamos a desconocidos o remotos por muy dignos de amor u odio que sean, a lo sumo experimentamos una vaga admiración o desprecio por ellos en función de sus cualidades o defectos, solo cuando sus virtudes o defectos nos conciernen o nos son accesibles directamente es cuando experimentamos amor u odio efusivos.

Apunta Hume una curiosa divergencia: podemos enorgullecernos o amar a otras personas a causa de sus méritos o logros, siempre que sean próximas a nosotros y mantengan una relación de intimidad con el yo, pero en cambio no amamos a –ni nos enorgullecemos de– otras personas, a causa de nuestros propios méritos o logros. Hume explica esta unilateralidad aduciendo que vivimos a los demás como prolongación o parte de nosotros mismos y tomamos como propias las cosas de los cercanos, pero en contrapartida, tendemos a atribuirnos en exclusiva y autorreferencialmente las consecuciones positivas, manteniendo una delimitación muy marcada de las fronteras del yo:

...no amamos a aquellos que están relacionados con nosotros a causa de nuestros propios méritos (D. Hume, 1757, 131).

B.3. El *efecto* causado sobre nuestra autoestima. En conexión con el narcisismo mencionado anteriormente, Hume constata que –sin ser una condición esencial, pero sí una condición adicional– la aprobación o desaprobación que los demás hacen de nuestra propia persona, alienta el amor o el odio respectivamente. Es decir: si el otro nos enaltece o nos halaga, nos favorece o mejora de alguna forma, tendemos a amarle; si nos vitupera o cuestiona, tendemos a odiarle. La eficacia, pues, en el apuntalamiento del valor o del disvalor del yo es decisiva en la disposición a amar u odiar al otro.

Es plenamente contemporánea la idea lanzada por Hume, dado que la psicología actual concibe el amor como una respuesta al sentimiento de bienestar, placer o seguridad que nos depara otra persona, y el odio como una respuesta al malestar, dolor o amenaza que nos inflige otra persona.

B.4. La *intencionalidad* o *propósito* del otro. Cuando el placer o dolor que nos causa el otro es fortuito, o sin intención, podemos experimentar simpatía o frustración, pero solo cuando existe en su actuación un propósito deliberado de beneficiarnos o perjudicarnos se despierta el amor o el odio.

El amor y el odio son emociones que tienen un fin y engendran motivación y actitud precisas, esto es: determinadas predisposiciones favorables o desfavorables respecto al objeto, que también pueden derivar en otras emociones. Así, por ejemplo, el amor causa benevolencia, simpatía y compasión, en tanto que el odio causa malicia, animadversión u hostilidad, y agresividad.

Las pasiones del amor y el odio van siempre seguidas por benevolencia y cólera, o mejor enlazadas con ellas (...) no se hallan completas en sí mismas ni permanecen en la emoción que producen, sino que llevan el espíritu a algo más allá de ellas (D. Hume, 1739, 139).

También en esto Hume es plenamente contemporáneo, pues las admitidas hoy en día como emociones primarias son aquellas que inducen motivaciones actitudinales y conductuales precisas. Por ejemplo, el odio impulsa el llamado complejo AHÍ: Agresividad (componente conductual) –Hostilidad (componente cognitivo)-Ira (componente emocional).

### C. Envidia-Desprecio

No agrega nada nuevo Hume en cuanto a sus condiciones elicitoras, que no se haya señalado ya en el apartado 2.1. de este trabajo.

## 2.2.2. Pasiones directas

### A. Alegría-Tristeza

Las condiciones que, sin demasiada sistematización, Hume espiga y que podemos fijar son las siguientes:

- La *certidumbre e inminencia* del placer o dolor, del beneficio o del daño, provoca de manera inmediata y espontánea reacciones de alegría o tristeza que, al ser directas, obedecen ciegamente a impulsos instintivos de regocijo o pesar, sin mediar apenas evaluación cognitiva sobre el objeto o la causa. De hecho, en ocasiones, la emoción experimentada no se corresponde proporcionalmente con la evaluación racional sobre el motivo.
- El *conocimiento previo* o la experiencia. Claramente la experiencia previa o el aprendizaje sobre la bondad o maldad de algo inclinan al sujeto de manera natural a reaccionar con alegría o pesadumbre.

Curiosamente, Hume, tan sagaz en general, soslaya una condición esencial que es la *configuración de personalidad* que posea el sujeto, entendiendo ésta como conjunto de pautas relativamente estables de reacción. Por ejemplo, una personalidad depresiva va a ser propensa a la tristeza, de igual forma que una personalidad optimista y confiada va a estar inclinada a la alegría.

### B. Esperanza-Miedo

Glosamos aquí las condiciones capturadas entre líneas:

- La *previsión o expectativa*: Siendo la esperanza y el miedo emociones proposicionales, como señaló años después Hansberg (1996), basadas en la incertidumbre sobre los acontecimientos futuros, el factor decisivo será el tipo de previsión positiva o negativa que el sujeto realice.

- La *imaginación*: La experiencia humana confirma reiteradamente el poder transformador y distorsionador de la imaginación, que agranda o empequeñece las cosas, así como sus posibles daños o beneficios, riesgos o fortuna. Muchos de los miedos o esperanzas se edifican sobre fantasmas y construcciones enteramente mentales, carentes de objetividad o concreción, lo cual no aminora sus propiedades entusiasmantes o intimidantes.
- La *controlabilidad*: Si el sujeto se percibe a sí mismo como teniendo capacidad de afrontamiento eficaz, eso aumenta su tolerancia a lo incierto, pero si se percibe con escasos recursos, toda novedad o sorpresa le espantará porque crecerá su sentimiento de indefensión y de inoperancia sobre la realidad. Por norma general, el desconocimiento, la novedad o la cualidad de inesperado del suceso incrementan la ansiedad e inseguridad y con ellas el miedo o temor. La capacidad de adaptación a lo novedoso, incorporándolo a la persona decidirá que la sorpresa se experimente como agradable o como desagradable.

### 3. CONCLUSIÓN: TRANSVALORACIÓN COGNITIVISTA DE LA FILOSOFÍA MORAL

Hume supo restituir las pasiones humanas al lugar preeminente del que fueron desterradas por la invasión racionalista y deductiva de la filosofía y de la ciencia en general. Su actitud preconiza claramente el espíritu científico-positivo. Pues viene a demostrar que los hechos son obstinados y se empeñan en corregir las falacias de las teorías bellamente construidas por la razón, pero al socaire de la realidad. Otra apuesta posmoderna de Hume es la de que las emociones actúan como principios impulsores de la conducta y como fuentes motivacionales al margen del juicio racional o en contra de él, dado que tienen prioridad sobre él al trazar y dirigir el camino y el fin del impulso.

Hume contribuye a que el hombre se conozca a sí mismo, supere sus escisiones, salga de la esclavitud de una indagación viciada por el exceso de racionalidad y de imperativos morales voluntaristas<sup>13</sup>. Con ello se convierte en un precedente de la psicología de la salud que es, en suma, psicología y filosofía de la creatividad.

13 Tal vez la bonhomía de Hume esté tras la transvaloración de la heredada moral cristiana, empeñada ésta en la renuncia, inhibición o doblegamiento penitencial de aquellas emociones que pudieran desembocar en pecado o vicio. Hume propone –en sustitución del voluntarismo de renuncia o punitivo– el estoicismo de la moderación. Esto es particularmente patente en el caso del orgullo que, no siendo una virtud, emana de la virtud. La Psicología contemporánea definiría esta visión del orgullo como satisfacción de logro acompañada de asertividad.



En consonancia con lo antedicho, creo que a Hume ha de reconocérsele el mérito de modernizar la filosofía haciendo que ésta roce las fronteras de la psicología, incluso en detrimento de la metafísica o de la teología. A fin de cuentas, el propio Hume había dejado su humanista orden de valores por escrito: “ser un filósofo; pero, en medio de toda vuestra filosofía, ser aún un hombre” (Hume, IEH, vol. I, p. 18).

Al fundamentar las decisiones humanas sobre sus pasiones reales, en vez de sobre principios o fines morales, humaniza la filosofía moral. Tasset Carmona considera el estudio de Hume sobre las emociones como una especie de “prope-déutica para la ética” (*op. cit.* p. 14). Hume utiliza la psicología como trampolín para la edificación de una ética humanista, relativista y subjetiva. En tanto que la ética tradicional supone que las acciones adecuadas están gobernadas por la razón y que las pasiones son un *pathos*, una perturbación o interferencia, en la consecución de lo virtuoso *per se*, la ética de Hume trastoca este presupuesto al reivindicar las emociones como elementos constitutivos básicos y procesos decisivos a la hora de dilucidar la naturaleza humana. No sólo no deben obliterarse como obstáculos para la moral racionalista, sino que han de tenerse muy seriamente en cuenta en toda construcción de una moral positivista. Con Hume y a partir de Hume, “la moral se siente más que se juzga”, sintetiza sabiamente Copleston (1973).

A mi juicio, Hume mantiene un vestigio platónico en lo relacionado con la moral. El bien y el mal, el vicio y la virtud, el eros y la destructividad señalan la dialéctica conflictiva, son los caballos que arrastran al hombre. Pero he aquí que la razón acomete, como el auriga platónico, la función de freno, control, valoración y planteamiento de metas. Que la moral de Hume se asiente sobre la psicología no quiere decir que se limite a ser psicología, sino que la incluye dentro del discurso en sustitución de la teología:

...con su enfoque Hume quita a la moral lo que Abbagnano llama su ‘vestido de luto’ teológico, y la muestra, por el contrario, humana, benéfica, afable y hasta alegre (J.C. García Barrón, 1985, 186).

Hume plantea, además, un principio utilitarista y adaptativo de las emociones. Consideramos positivas las emociones que resultan útiles o convenientes en algún sentido, y negativas aquellas que encierran algún peligro o amenaza potencial para el yo. Es lo mismo que la psicología cognitiva actual comprende como “evaluación de beneficio” o “evaluación de daño”. ¿No entraña esta visión una feroz exaltación del yo, una vindicación de la moral del sentimiento, de la que habla Ferrater Mora?

¿No es posmoderna la desconfianza en la razón, la reivindicación de lo emocional como brújula orientadora, el individualismo sentimental, la confusión y el

arbitrio del yo, la pluralidad de opciones, el poder otorgado a la imaginación, la labilidad del yo regido por impresiones fugitivas?

A modo de mera insinuación que no es posible desarrollar aquí, me complace reconocer en Hume a un precursor avant la lettre de teorías científicas que aún tardarían más de un siglo en aparecer (la teoría de la filogénesis emocional de Darwin), dos siglos largos (la teoría de la imitación social de las emociones y la teoría neuroendocrina), o incluso dos siglos y medio (la teoría de la red semántica y la teoría del aprendizaje condicionado). Rescatarle del injusto olvido es la única forma de evitar el plagio por ignorancia, tan frecuente en muchos científicos contemporáneos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABBAGNANO, N. (1955). *Historia de la Filosofía*. Vol. 2. Barcelona: Montaner y Simón.
- AYER, A.J. (1980). *Hume*. Madrid: Alianza.
- CANO LÓPEZ, A.J. (2011). “La teoría de las pasiones de Hume”. *Daimón. Revista Internacional de Filosofía*. N° 52. (revista electrónica).
- COPLESTON, F. (1973). *Historia de la Filosofía*. Vol. V: *De Hobbes a Hume*. Barcelona: Ariel.
- DELEUZE, G. (1976). “Hume”. En F. Châtelet: *Historia de la Filosofía*, vol. II. Madrid: Espasa-Calpe.
- FERRATER MORA, J. (1979). *Diccionario de Filosofía*, vol. 2. Madrid: Alianza. 6ª reimpresión.
- DUQUE, F. (2008). “Estudio Preliminar”, en D. Hume, *Tratado de la Naturaleza Humana*. Madrid: Tecnos.
- FLEW, A.G.N. (1964). “Hume”, en D.J. O’Connor: *Historia crítica de la filosofía occidental*, vol. IV. *El empirismo inglés*, 1982. 1ª reimpresión.
- GARCÍA BARRÓN, J.C. (1985). *Empirismo e Ilustración inglesa: de Hobbes a Hume*. Madrid: Cincel.
- HANSBERG, O. (1989). “Emociones y creencias”. En *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XV, n° 2.
- (1996). *La diversidad de las emociones*. México: FCE.
- HIRSCHBERGER, J. (1963). *Historia de la Filosofía*, vol. II. Barcelona: Herder. 10ª edición.

- HUME, D. (1739). *Tratado de la naturaleza humana*, vol. II. Madrid: Espasa Calpe, 1923.
- (1757). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*. Madrid: Antropos, 1990.
- (1776). *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*. Madrid: Alianza. Edición de 1985.
- KEMP SMITH, N. (2005). *The Philosophy of David Hume*. New York: Palgrave Macmillan.
- LARROYO, F. (1985). *Introducción y análisis a D. Hume: Tratado de la naturaleza humana*, México: Porrúa, 2ª ed.
- MELLIZO, C. (1976). “David Hume, hoy”, *Cuadernos de Filosofía*, 1976, pp. 5-32.
- SAN SANTACRUZ, V. (1991). *Historia de la Filosofía moderna*, Pamplona: Universidad de Navarra.
- VIQUEIRA, (1923). “Prólogo” al *Tratado de la Naturaleza Humana*, Madrid: Espasa-Calpe.